

una esperanza, la única, que se encuentra en las tradiciones del Profeta (1) y que dice que Dios el día de la resurrección no arrojará al fuego eterno á aquellos que en vida se llenaron los piés de polvo en el camino de Dios, es decir, los que han hecho la guerra santa contra los infieles y descreídos. Esto hubo de tranquilizar á Almanzor, porque con este mérito podía presentarse delante de Allah, pues hasta el fin de sus días peleó contra los enemigos de Allah, los cristianos. Había adoptado la costumbre, al quitarse en todas sus campañas cada noche el polvo que durante el día se había acumulado sobre su cuerpo, de guardarlo con sumo cuidado, habiendo reunido cuando viejo toda una caja llena, y dispuso al morir que su cadáver fuese envuelto en este polvo, como hacían muchos cruzados piadosos que se llevaron tierra de Palestina para ser enterrados en ella. Admitido ya que Almanzor fundó su mayor mérito para alcanzar la gloria eterna en los males que causó á los cristianos, y que por esto le perdonaron sus correligionarios todas sus demás maldades, se comprende que fuera tanto mayor y tanto mas inextinguible el odio que los españoles católicos le tuvieron en vida y despues de muerto. Un fraile dice en una crónica: «Almanzor murió el año 1002; en el infierno está.» El 10 de agosto del año 1002 (27 de Ramadan de 392), regresando de su 52.^a campaña contra los cristianos, hallándose, pues, «en el camino de Allah,» acabó su vida segun había pedido en sus oraciones, á la cual puso fin una enfermedad que sufría desde mucho tiempo y que en el último período le hizo padecer horrosamente. Fué sepultado en Medinaceli y se grabó en su losa sepulcral un verso que decía: «Sus huellas te narran su historia tan claramente que es como si le vieses con tus ojos. Como hay Dios, jamás traerán los tiempos otro hombre igual; ninguno protegerá las fronteras como él.»

El poeta dijo la verdad; Almanzor, si bien no era una alma grande, ni menos buena, era hombre poderoso, que con brazo fuerte protegió á su patria todo un cuarto de siglo; y tan pronto como este brazo cayó inerte, se derrumbó con excesiva rapidez la grandeza del país.

Al principio pareció marchar todo como antes. Almanzor, al sentir aproximarse su fin, había enviado delante á la capital á su hijo y ministro principal Abdelmelik, que con el sobrenombre de El-Mozafar había sido nombrado hacia ya tiempo sucesor en la regencia, á fin de que tomara sin dilación las riendas del gobierno y le encontrara en plena posesión del poder la noticia de la muerte de su padre. Esta prevision aseguró, en efecto, al hijo el poder; el califa Hixam II hacia tiempo que no deseaba otra cosa mas que dedicarse á sus oraciones, y un movimiento revoltoso que se notó en el pueblo fué sofocado al instante. Abdelmelik continuó despues en la regencia sin ser molestado, siguiendo el sistema de su padre, durante siete años, desde 392 (1002) hasta 399 (1008). Era persona inteligente y capaz, pero cuando acaeció su prematura muerte le sucedió en la regencia su hermano Abderraman, sujeto pretencioso, imprudente y falto de prevision, que no tenia la mas remota idea del flaco inseparable de la posición que ocupaba él y en general su familia, á la cual los autores árabes designan con el nombre de amirida por haber sido su fundador Ibn Abi Amir. Este punto flaco eran las relaciones en que estaban con la dinastía reinante omniada y el recelo con que la nación miraba estas relaciones.

(1) En la colección de sentencias de Mahoma, conservadas por la tradición y reunidas despues de un exámen crítico severo por el autor teológico mahometano mas célebre Abu Abdallah Mohammed, llamado y conocido bajo el sobrenombre de Boyari, porque había nacido en el año 810 de nuestra era en Bokhara. La citada obra goza casi la misma autoridad que el Corán entre los mahometanos.

Difícil es formular una idea general de lo que es gobierno por la multiplicidad de sus manifestaciones, pero no se errará mucho si en globo se define como cosa que es criticada siempre, hágase lo que se haga, y mucho mas si el pueblo prospera, como prosperaban los cordobeses, que desde casi un siglo antes disfrutaban de orden, seguridad y riquezas, bienes aumentados singularmente desde el reinado de Abderraman III y con las campañas afortunadas de Almanzor. Sin embargo, con el bienestar había crecido el descontento, y eso que á excepcion de los habitantes de la zona fronteriza y de los soldados, nadie en el imperio podía formarse idea de lo que era la guerra. Hasta las personas de condición mas pobre vivían entonces en la España musulmana con cierto desahogo, y por lo mismo se hicieron mas exigentes y descontentadizas. La gran prosperidad material aguzó como siempre las pretensiones y los antagonismos entre las diferentes clases sociales; el vigor moral decayó y con él decayó tambien el sentimiento religioso, y en lugar de estar la gente descontenta de sí misma estaba descontenta del gobierno. Hay que hacer á los amiridas la justicia de decir que España nunca ha estado mas floreciente que bajo su gobierno, especialmente cuando Abderraman sucedió en la regencia á su hermano Abdelmelik. El único mal era que su poder estaba fundado sobre la usurpación, y que á fuerza de usurpaciones dieron lugar al temor de que tambien esperasen la ocasión de usurpar la dignidad suprema de la dinastía legítima, la del califato. El pueblo, hay que confesarlo para su honra, conservaba todo el afecto y fidelidad de que era capaz á la dinastía de sus califas, y por este lado amenazaba siempre hacer explosión el descontento. Ya los antiguos griegos conocían el adagio de que no debe despertarse el mal que duerme; y Almanzor y Abdelmelik, sin saber el griego, habían procedido en este sentido, manteniendo cuidadosamente la ficción de que cuanto hacían era en virtud del poder que les había otorgado el califa, y muy particularmente evitando hasta la mas leve apariencia de que ambicionaran atribuirse á sí propios ó á sus descendientes la dignidad sagrada de califa, el imanato que para los mahometanos de España poseían los omniadas desde mas de 350 años. Júzguese, pues, hasta dónde llegaría la necedad, la mas grotesca que registra la historia, del amirida Abderraman, que por otros motivos no merecía ya buen concepto á los fakihs, cuando al mes de haberse encargado de la regencia hizo firmar al califa un decreto en el cual le nombraba solemnemente sucesor suyo en el trono y dignidad de iman y jefe de los creyentes.

Los contribuyentes mantienen á los gobiernos para que sean mas entendidos que ellos; por esto difícilmente podemos vituperar á los cordobeses si respondieron á la necesidad de Abderraman con otra igual, la revolucion. Hoy basta reflexionar muy poco para comprender que á la revolucion había de seguir inevitablemente el caos. El califa Hixam no tenia hijos y era incapaz de gobernar; el pueblo había olvidado el manejo de las armas; entre los príncipes omniadas no había ninguno que por su posición y crédito pudiera dirigir la sublevación y encauzarla á un fin determinado; el ejército era una mezcla de hispano-árabes, berberiscos, eslavos y cristianos, con docenas de generales que al desaparecer la disciplina severa acostumbrada podrían querer ser cada uno otro Almanzor; en el Norte todavía existía, á pesar de la decadencia de la aristocracia antigua, mas de una familia notable, en primera línea la tudschibida de Zaragoza, dispuesta á aprovechar la primera ocasión favorable para hacerse independiente de la capital, y en esta última las clases inferiores de la población odiaban á las superiores; por manera que al hundirse el orden había de resultar

irremisiblemente un caos indescriptible. Lo peor de todo es que las revoluciones, con pocas excepciones, son obra de gentes que no saben lo que quieren y á lo mas saben lo que no quieren, ó no saben lo que pueden, ó no saben ni lo uno ni lo otro. Si los cordobeses hubiesen tenido solo una idea remota de lo que les había de resultar de su revolucion, de seguro habrían preferido no hacerla.

Hacia apenas dos semanas que el nuevo regente Abderraman había salido con un ejército de la capital para marchar contra los leoneses, cuando estalló la revolucion. Un biznieto de Abderraman III, llamado Mohammed II, con el apoyo de otros miembros de la dinastía y de algunos fakihs, se puso á la cabeza de la turba armada y prendió por sorpresa y mató al gobernador de Córdoba instalado por los amiridas. Los grandes funcionarios establecidos en la Sahira no supieron qué hacer, como suele suceder siempre en semejantes casos, y en lugar de sacar al califa de Zahra con los dos regimientos eslavos que tenían á su disposición para tenerle en su poder y proceder como defensores del soberano legítimo, permitieron con su indecisión que los sublevados, á los cuales en un instante se había unido toda la población, se apoderaran de Hixam II, el cual sin la menor dificultad renunció al trono á favor de Mohammed, que con gran júbilo de la población fué proclamado con el sobrenombre de El-Mahdí. Los ministros y jefes de administración se conformaron con el nuevo estado de cosas. Abderraman recibió en Toledo la noticia de lo ocurrido en la capital, y emprendió al instante con su ejército el regreso; pero la mayoría de la tropa, dando su causa por perdida y no teniendo ningun afecto personal á Abderraman, le abandonó. El infeliz no tuvo el valor de caer con honra. No quedándole ya la menor esperanza de someter la capital trató de hacer las paces con el nuevo gobierno, y llegado que hubo con pocos compañeros cerca de Córdoba, rebajóse hasta la abyección, pero todo fué inútil; quiso suicidarse despues, pero sus vigilantes lo impidieron, y un omniada, nombrado por el Mahdí ministro principal, le mató en 399 (1009). En solos 17 días, y como por arte mágica, había desaparecido de la escena española la familia amirida. Diez años despues volveremos á encontrar en otra situación á un hijo de Abderraman.

La revolucion se había efectuado con facilidad sorprendente por causa de la impopularidad de la familia de Ibn Abi Amir, llamado Almanzor. La Sahira, la ciudad construida por Almanzor, había sido tomada, saqueada y despues incendiada por el populacho, y quedó reducida para siempre á un monton de ruinas; pero fuera de esto no se cometieron excesos notables, y el pueblo, socorrido por el nuevo gobierno, se portó tolerablemente. En las provincias el movimiento tampoco encontró oposición, porque en rigor no hubo cambio de dinastía y todo se redujo á que un omniada había ocupado el trono de otro omniada como Hixam, hombre nulo. Todos los gobernadores, lugartenientes y jefes de ejército reconocieron al nuevo califa. A haber sido este descendiente de los omniadas digno de su antepasado Abderraman el Grande, podría haber consolidado su autoridad, á pesar de los partidos y de las dificultades que le esperaban en todas partes; pero por desgracia era todo lo contrario, y difícilmente se encuentra, aun entre los omniadas de Siria, otro individuo tan malo y tan inepto como este Mahdí. Solo para demagogo había sido bueno; pero una vez soberano fué cruel, vicioso y desastrosamente torpe en política. Con un hombre como éste tenia que desmembrarse el imperio irremisiblemente. En esta descomposición tocó el papel principal, como era irremediable que sucediera, al ejército, cuyos dos elementos principales, el

berberisco y el eslavo-cristiano (1), se separaron luego, á causa de su antagonismo fundamental declarado. Cada uno de estos dos partidos empezó por darse el carácter de legitimidad por medio de un califa de la familia omniada, con lo cual desaparecieron la unidad de la dinastía y la posibilidad de restablecerla, bien que nunca había sido muy sólida esta unidad; y el desequilibrio entre las fuerzas del partido berberisco y eslavo condujo á la introducción de auxilio extranjero. Apenas habían pasado veinticinco años desde que Bermudo II había solicitado el auxilio armado de Almanzor contra sus enemigos interiores, cuando los berberiscos solicitaron el del rey Sancho de Castilla, y no tardaron en hacer lo mismo los mahometanos eslavos llamando á su auxilio á los enemigos de su religion, excitándolos con la esperanza de botín y hasta cediéndoles territorios y plazas fuertes fronterizas. Esta incalificable conducta á costa de la causa del Islam habría podido entonces tener para el mahometismo consecuencias fatales á no haber estallado nuevas discordias entre Castilla y Leon. Esta fortuna inesperada é innecesaria salvó otra vez de su ruina á la España mahometana en el momento del mayor peligro, pero no salvó la dinastía. En la lucha de los partidos habíanse prestado un omniada tras otro á servir de testaferros efimeros hasta que finalmente desapareció sin dejar vestigio toda la familia; y como ni los berberiscos ni los eslavos eran separadamente bastante fuertes para sostenerse como dueños únicos del imperio, se descompuso éste en una multitud de Estados menores, con los cuales comienza el segundo gran período de la historia del Islam en España.

Veinte años pasaron antes de que esta division territorial se efectuara y afirmara, siquiera por el momento, y á este período llaman los autores árabes «la guerra civil,» *el fitne*, bien que esta palabra significa originalmente «el castigo,» y castigo fué, y por cierto terrible, especialmente para la infortunada Córdoba. Mientras los partidos se disputaban la posesión de todo el imperio, había sido Córdoba como centro del gobierno la manzana de discordia entre berberiscos y cristianos, que pasaron alternativamente á saco y devastaron la ciudad, en la cual estaban en continua lucha las clases bajas y altas de la población; y al fin del período de la guerra civil, Córdoba había perdido para siempre su antiguo brillo; medio destruida, empobrecida, reducida la población á un número escaso de habitantes, tuvo que ceder el puesto de primera ciudad de la España mahometana á una rival mas afortunada. Describiremos ahora á grandes rasgos los sucesos principales. Cuatro años aproximadamente, desde 399 (1009) hasta 403 (1013), lucharon berberiscos y eslavos por la posesión de Córdoba y la de toda España. Alguna parte dilatada del país, en especial el dominio de los tudschibidas de Zaragoza, quedó libre de la calamidad de la guerra civil; en otras partes comenzaron á hacerse independientes los jefes de distrito; pero de todos modos la guerra intestina fué destruyendo el imperio hasta que dejó de ser una potencia única.

En el período siguiente se aumenta el número de los Estados soberanos; en particular los jefes eslavos y berberiscos tienden á establecer su dominio personal en determinados territorios para luchar desde allí por el de toda España. En el período tercero de la guerra civil se van consolidando los Estados particulares, la guerra va flaqueando y concluye con el fin de los califas omniadas en Córdoba, porque enton-

(1) En adelante llamaré á este elemento, para ser mas breve, simplemente el eslavo, aunque los jefes eslavos tenían bajo sus órdenes, además de mercenarios cristianos, tambien tropas hispano-árabes, mientras las fuerzas berberiscas por lo general no comprendían elementos extraños.

ces los partidos enemigos han organizado en diferentes partes Estados particulares y no existe ya nadie que pretenda el dominio de todo el imperio. De las luchas sumamente enredadas que condujeron á este resultado me limitaré á indicar los rasgos principales.

El califa Mahdí, elevado por la revolucion de los cordobeses y á favor del cual el devoto Hixam II había renunciado al trono, se contentó con encerrar á éste, y creyendo haber asegurado así suficientemente su posicion, dió libre curso á sus instintos perversos. No tardó en reñir con todos los partidos y en primer lugar con las tropas berberiscas que guarnecian la capital, las cuales al cabo de pocos meses se pronunciaron en el año 399 (1009) á favor de un nuevo califa, nieto de Abderraman III, llamado Hixam; pero éste pereció en el combate que las tropas del Mahdí y los berberiscos sublevados tuvieron en las calles de Córdoba. Expulsados éstos de la capital, adoptaron el consejo de Sawi, jefe de los sanhaschas y hermano del sirida Boluggin. Sawi, que con su gente se había establecido en España, les aconsejó que nombraran califa al sobrino del difunto, llamado Suleiman, el cual adoptó como califa el sobrenombre de El-Musta'in. Este Suleiman se apoderó con sus berberiscos de Guadaluja. Era gobernador de esta ciudad el eslavo Wadih, que como todo el mundo á la sazón, á excepcion de los berberiscos, era partidario del Mahdí y como tal defendió la ciudad contra los pronunciados; pero como el número de estos se había aumentado considerablemente entretanto, sobre todo con otros berberiscos diseminados por el país, y hasta con esclavos, Wadih no tuvo fuerza bastante para resistirlos. Además los berberiscos llamaron á su auxilio al conde Sancho de Castilla, con el cual marcharon sobre Córdoba. Acudió á socorrerla con presteza Wadih, pero los berberiscos y su aliado Sancho le derrotaron á las puertas de la ciudad y dispersaron á los habitantes armados que habían salido para la lucha. Los vencedores entregaron la capital al saqueo y Suleiman entró en ella como califa, mientras Mahdí se refugiaba en Toledo. Wadih llegó fugitivo á Tortosa, desde donde en el año 400 (1010) hizo alianza con los catalanes y volviendo con ellos á Córdoba la arrebató de manos de los berberiscos debilitados por el regreso de Sancho con su gente á su país. La ciudad fué saqueada de nuevo, esta vez por los catalanes; Mahdí corrió luego en pos de los berberiscos derrotados, pero estos le vencieron cerca de Sevilla y habiendo regresado los catalanes á su país, quedó sellada la suerte del califa y de Córdoba. Wadih recibió algunos refuerzos de tropas eslavas, pero como á estos y á los compañeros de Wadih disgustó el pretencioso Mahdí, le mataron y pusieron en su lugar otra vez á Hixam II, á quien habían ya libertado de su encierro en el mismo año 400 (1010). El infeliz califa, instrumento obediente de todos los ambiciosos, poco tiempo gozó de su libertad y de su nueva autoridad nominal. Volvieron á presentarse los berberiscos, que habían encontrado un nuevo aliado en la persona del poderoso tudschibida Mundhir, de Zaragoza, hombre egoísta y falaz, mientras Wadih por otro lado, amenazado por Sancho de Castilla, tuvo que ceder á los cristianos algunos territorios fronterizos. A principios del año 401 (1011) los berberiscos tomaron la Zahra, la magnífica creacion de Abderraman III, y la arrasaron despues de degollar á todos los habitantes. Para colmo de desgracias estallaron discordias entre los jefes eslavos, los cuales mataron á Wadih; la peste hizo estragos entre los habitantes de Córdoba, donde se habían aglomerado los habitantes rurales huyendo de la calamidad de la guerra, y si bien en el año 402 (1012) los vecinos y los eslavos defendieron heroicamente la ciudad, sucumbieron al año siguiente. Ducños ya de la ciudad, los

vencedores sobrepusieron en atrocidades y barbarie á todo cuanto habían hecho antes los castellanos y catalanes. Devastaron lo que estos habían dejado en la antigua capital de los emires y califas y degollaron millares de vencidos. Jamás volvió Córdoba á ser lo que había sido hasta entonces, ni se ha extinguido nunca la memoria de tan espantosa catástrofe.

Se ignora lo que fué de Hixam II. Posteriormente corrió la voz de que habiendo logrado huir pasó en Asia el resto de su vida desgraciada, dedicándose á ejercicios devotos; mas por lo pronto su nombre, usurpado despues por un impostor, sirvió todavía por algun tiempo de bandera al partido eslavo para continuar la guerra contra los berberiscos y su califa Suleiman Musta'in.

Con la caída de Córdoba quedó roto el último lazo de union entre las provincias del imperio. En todas partes se hicieron independientes los gobernadores y muchos jefes eslavos y berberiscos. La mayor parte de estos últimos, luego que hubieron alcanzado el objeto de su ambicion personal no se cuidaron ya del califa, cuya autoridad quedó reducida á Córdoba, Sevilla y algunos territorios vecinos. Uno de estos jefes era Alí Ibn Hamud, á la sazón señor de Tánger y Ceuta, descendiente del iman Alí y de la familia edrisita, que por estar establecida desde largo tiempo en Africa se había berberizado completamente. Otros jefes de la clase citada eran el hermano del anterior, Casim, señor de Algeciras, y el sirida Sawi, que se había posesionado de Granada y que tenía por vecino al eslavo Heiran, establecido en Almería. Este, desde allí, continuó la lucha contra Suleiman, á quien trataba también de destronar el ya citado señor de Tánger y Ceuta, Alí Ibn Hamud, el cual, como descendiente del Profeta, se creía con mayor derecho al califato que los omniadas. Apoyábase en su pretension Sawi, el adversario de esta dinastía, mientras Heiran pretendía ser defensor de Hixam II y quería reconocer por califa legítimo á Alí en caso de que Hixam resultara positivamente muerto. Todos estos aliados marcharon contra Córdoba. Suleiman Musta'in, que ningun partido tenía entre los berberiscos acantonados en la capital, se vió abandonado de todos y en el año 407 (1016) pagó con la vida aquella soberanía, que tan pocas satisfacciones le había proporcionado. No faltaron personas que testificaron que Hixam II había perecido en la toma de Córdoba en el año 403 (1013) y por su testimonio fué reconocido califa Alí con el sobrenombre de En-Násir. Con él parecía establecida en el puesto de los omniadas una dinastía aliada; pero la dignidad de califa, que durante tanto tiempo había sido el orgullo de la España mahometana, estaba condenada á un destino funesto. Eslavos fueron los que sirvieron á Abderraman para establecer el califato y un eslavo vino á aniquilarlo.

Heiran era hombre egoísta, sin conciencia ni fe, que solo quería tener un califa maniquí para moverle segun su conveniencia; y tan pronto como vió que Alí Ibn Hamud no se prestaba á un papel tan abyecto, se rebeló contra él, proclamó en 407 (1017) á un nuevo pretendiente en la persona de Abderraman IV Múrtada, biznieto de Abderraman III, y llamó á su auxilio al tudschibida Mundhir de Zaragoza. Alí fué asesinado al año siguiente, 408 (1018), despues de haber hecho esfuerzos inútiles para remediar el infortunio de la antigua capital. Entonces marcharon los aliados contra el protector del califa asesinado y de su familia, Sawi de Granada; pero antes de llegar á las manos excitó el desagrado del eslavo su califa Abderraman IV, también con caprichos de independencia. Esto bastó para que el eslavo y su aliado Mundhir, tan solapado como él, le retiraran su proteccion; y Abderraman, huyendo de Córdoba, fué muerto por

gente enviada por Heiran con este objeto, en 409 (1018). Nada ganó con esto Heiran, porque no pudiendo reunir suficiente fuerza contra Córdoba, tuvo que sufrir que el hermano de Alí, llamado Casim El-Ma'amun, ocupara sin oposicion el trono vacante del califato. Por último, Heiran y Mundhir de Zaragoza hicieron la paz con el nuevo califa. Pocos años despues, en 412 (1021), levantóse un nuevo pretendiente al califato, Yahya, sobrino de Casim, que hasta entonces había vivido en Africa, y al instante prestó su apoyo Heiran de Almería. Casim entretanto había trabajado también por mejorar la triste suerte de la poblacion de Córdoba, y para robustecer al mismo tiempo su propia posicion y autoridad, emancipándose de las salvajes tropas berberiscas, había formado regimientos de negros. Esto valió al pretendiente Yahya el apoyo de los berberiscos. La guerra que se hicieron el tío y el sobrino hizo nacer en los cordobeses la esperanza de librarse del yugo berberisco, puesto que ni uno ni otro de los dos beligerantes disponia de fuerzas considerables y Sawi observaba la lucha con indiferencia desde Granada. En los años que siguieron se apoderaron Yahya y Casim alternativamente de Córdoba, hasta que la poblacion de la ciudad se levantó y arrojó de ella en el año 414 (1023) á los berberiscos. Casim huyó, y como Sevilla le cerró también sus puertas tuvo que entregarse á su sobrino, el cual le retuvo prisionero y le hizo matar en el año 427 (1036). Yahya quedó por lo pronto, con el nombre sonoro de califa Mo'otali, en posesion de Málaga y del territorio marítimo del Sur, mientras Sevilla se constituyó en república y los cordobeses colocaron en el trono á otro omniada, Abderraman V, hermano de Mahdí, con el nombre honorífico de Mustazhir, en el año 414 (1023). Los males que habían pasado los cordobeses no les habían hecho mas cuerdos; las clases baja, mediana y alta no sabian vivir en armonía, y antes de que el nuevo califa, hombre de mucho talento y animado de buenos propósitos, se hubiese asegurado en el trono, cuando no habían pasado todavía dos meses desde su proclamacion, volvió á sublevarse el pueblo. Abderraman fué asesinado y el populacho, que se impuso al resto de la poblacion, nombró califa en 414 (1024) á su candidato, un omniada, sí, pero hombre ordinario, rudo é ignorante, llamado Mohammed III Mústacfi, cuyo gobierno fué lo que no podia menos de ser, es decir, inaguantable; el pueblo se hastió pronto, y le derribó y mató al cabo de algo mas de un año, en 416 (1025). Las clases de la poblacion que tenían interés en el restablecimiento del orden á cualquier precio se dirigieron al hamudita Yahya, en Málaga, pero el lugarteniente berberisco que Yahya les envió al cabo de medio año no logró tampoco consolidarse en su puesto y en 417 (1026) fué expulsado de Córdoba. Entonces se dirigió la poblacion á Heiran, de Almería, y á otro eslavo, Mudschahid, señor de Denia y de las Baleares. Ambos pasaron á Córdoba, pero no pudiendo ponerse de acuerdo respecto de las disposiciones que convenia adoptar, ni fiándose el uno del otro, ni disponiendo cada uno por sí de medios suficientes para sostenerse en una poblacion turbulenta y todavía bastante numerosa, abandonaron los dos la ciudad. Entonces llegó á Córdoba la noticia de que algunos soberanillos cuyos territorios confinaban con los cristianos habían reconocido por califa á un hermano de Abderraman IV, llamado Hixam, con el sobrenombre de Mo'otad.

El pueblo de Córdoba le llamó y le colocó en el trono con el nombre de Hixam III en el año 418 (1027). Era ya anciano y hombre bueno, pero inepto; había necesitado dos años para llegar á Córdoba, y cuando hubo llegado, en 420 (1029), no tardó su visir Hakam Ibn Said en excitar general descontento, obligado por las circunstancias á arbitrar recursos pecuniarios, que hubo de sacar de la poblacion con disposiciones opresoras. Las clases altas, á quienes con razon han llamado algunos autores patricios, porque eran propietarios ricos, empleados superiores y otras personas de buena posicion, convinieron en poner fin á tantas mudanzas y desórdenes. El califato había llegado á ser imposible si había de limitarse á una sola ciudad, porque desde la independencia de Sevilla la autoridad del califa no se extendía mucho mas allá de la ciudad de Córdoba; y los patricios, á fin de dar siquiera á esta ciudad una administracion tolerable, decidieron tomar ellos mismos en sus manos el gobierno. Para desembarazarse del califa buscaron un testamento que cargara despues con la culpa de lo que pudiera ocurrir. Por una coincidencia singular, este personaje, el último de la familia de los califas omniadas que figuran en la historia, se llamaba Omayya, como el fundador de la familia, y era, naturalmente, pariente de Hixam III. Era un jóven sin experiencia que se dejó deslumbrar con la promesa de ser proclamado califa, y, con un número de soldados irritados por haberles el visir rebajado el sueldo, se pronunció contra el gobierno; el visir Hakam fué asesinado é Hixam III tuvo que abdicar á fines del año 422 (1031); pero cuando Omayya creyó ser proclamado califa, al día siguiente de la abdicacion de Hixam, recibió del consejo de Estado que habían formado los patricios la orden de salir inmediatamente de la ciudad; y como las contadas tropas que había todavía en Córdoba no quisieron encender una nueva guerra civil, no quedó al pretendiente mas remedio que obedecer. Lo que fué de él no se sabe con exactitud. Hixam III fué reducido á prision, pero logró evadirse al cabo de algun tiempo y encontró un asilo en la corte de Benu Hud, en Lérida, vasallo de los tudschibidas de Zaragoza, donde murió el año 428 (1036). Córdoba, donde hasta el populacho anhelaba ya el orden, quedó constituida en república con gobierno aristocrático.

Este fué el triste fin de un imperio que veinticinco años antes había sido todavía la admiracion del mundo mahometano y el terror de los vecinos cristianos. Grande fué la obra de Abderraman III; pero el carácter personal que le había dado, determinó su inmediato desmoronamiento y descomposicion tan luego como faltó el hombre enérgico capaz de conservar la integridad del imperio. En el período de veinticinco años quedaron reducidos á escombros los palacios magníficos de Almanzor y de Abderraman, y Córdoba, su capital, «la joya resplandeciente del mundo,» quedó reducida á ciudad de provincia, arruinada y desmoronada en gran parte. Por un raro favor del destino, volvió á florecer durante algunos decenios la civilizacion hispano-árabe, produciendo obras preciosas; pero la importancia política del país y hasta la posibilidad de su regeneracion habían desaparecido para siempre. La historia del Islam español entra en el período de su decadencia en el instante en que se hunde la dinastía omniada, que le dió su importancia, y en que la poderosa Córdoba cede su categoría de primera ciudad de la península á Sevilla.